

crujió bajo las ruedas del coche, y éste se detuvo á la izquierda, al pié de la escalinata que conducía á las habitaciones particulares de su excelencia.

Sulpicio se apeó. La puerta de entrada se abrió sin que él tuviera necesidad de llamar. Dos criados de frac y corbata blanca esperaban en la antesala la llegada del señor ministro.

Sulpicio subió rápidamente la anchurosa escalera de piedra que conducía á sus habitaciones; dejó en la antesala el abrigo en manos de un ayuda de cámara, y entró gozoso en un saloncito, en el cual, bajo la pantalla de una lámpara elegante, la señora de Vaudrey, lo esperaba leyendo; y al verle, dirigióse hácia él aquella preciosa cabecita, fresca, joven, sonrosada, con ojos azules; al ver aquella mujer que le sonreía, al oír aquella dulcísima voz un poco tímida que le preguntaba con cierto acento de inquietud: «¿Qué tal?» cogió entre sus dos manos amorosas aquella frente tersa y blanca, y depositó en ella un largo beso apasionado y algo calenturiento.

—¡Pues me he divertido mucho, queridísima Adriana! Toda esta simpatía que me rodea, toda esta gozosa impresión que parece haber producido el nuevo ministerio, hasta el gesto de Picherau, á quien me he encontrado, todo eso me divierte, me

agrada y me da miedo también. ¡Ministro! ¿No sabes en lo que pienso ahora que ya he llegado?

—¿En qué piensas?—dijo la joven, con las manos cruzadas y fijando una mirada dulce y confiada en los febriles ojos de Sulpicio.

—¿En qué?..... Me digo que no basta ser ministro, sino que es necesario ser un gran ministro! ¿Oyes, Adriana? ¡Un gran ministro!

Y había cogido las manos de Adriana entre las suyas, y la joven envolvía en una mirada de apasionada admiración á aquel muchacho delirante de esperanza que le decía: «¡Quiero ser un grande hombre!»

No soñaba ella con toda esa gloria cuando en otro tiempo sentía temblar en su mano los dedos de su prometido, y cuando Sulpicio, sólo él, murmuraba al oído el mismo pensamiento sintetizado por estas palabras que le henchían el corazón de gozo:

—¡Te amo, Adriana mía! ¡Te amo, y te amaré siempre! ¡siempre!

III.

Sulpicio Vaudrey se había casado con Adriana por amor. Ella le llevaba á su salida del convento

de Grenoble todas las gratas ignorancias de la niña y los apasionamientos innatos en la mujer. Era huérfana y tenía una fortuna envidiable. Pero aun cuando Sulpicio no era muy rico, jamás había pensado en la dote de aquella muchacha al pedir la mano de Adriana al doctor Reboux, tutor de la señorita de Gerard. Habíase encontrado con ella en algunas reuniones en Grenoble á donde ella se presentaba, tímida, algo turbada, silenciosa y paseando de una á otra parte su dulcísima mirada un si es ó no es interrogadora.

Rápidas conversaciones entabladas por casualidad, piezas de música escuchadas á su lado, las frivolidades de las relaciones sociales eran lo único que habían aproximado á Sulpicio y Adriana; pero al ver á aquella preciosa rubia, de aire buenísimo y de infantil timidez que llevaba algo de melancólico y reflexivo en su confiada sonrisa de aquella niña de diez y ocho años, lo conquistaron por completo. Era libre, estaba solo en el mundo, porque ya por entonces habíase quedado sin la única persona á quien amara, su madre, de quien era dos veces hijo, hijo por la carne y por el alma, por la leche derramada de su seno y por las sabias enseñanzas transmitidas á su espíritu.

De su padre no había conocido más que un ros-

tro meditabundo y agradable, un retrato de joven, triste, vestido con la negra toga del abogado y delante del cual, siendo muy pequeño había aprendido á decir con el respeto con que hubiese dicho una oración: *papá*. Aislado en la ciudad de Grenoble, por la cual había dejado su pueblo de San Lorenzo del Puente, experimentó al conocer á Adriana una especie de melancolía profunda y la necesidad de fijar su destino para el porvenir.

Tenía treinta y cuatro años. Excepción hecha de los años de estudiante pasados en París, en el torbellino del barrio latino, había vivido siempre en provincias, en su Delfinado. Había ido creciendo en un caserón viejo de San Lorenzo, cada rincón del cual traía á su memoria un carísimo recuerdo de su infancia ó de su juventud; el salón grande blanco amueblado á la moda de Luis XVI que caía á la terraza de la casa; los retratos de abuelos que no había conocido, abogados de peluca empolvada vestidos con el traje negro de los hombres de aquella época pasada, gordos y sonrosados dejando reposar la carnosa barba sobre el elevado cuello rodeado de una corbata blanca, hecha con más tela de la que se necesita para una sábana; viejas de fisonomía simpática con peinados estupendos y vestidas de telas rameadas, que parecían

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" N.º 123
1625 MONTERREY, MEXICO

sonreír y coquetear aún en el óvalo de los cuadros de madera que rodeaban sus retratos, y libros viejos encuadernados á la usanza antigua, durmiendo en la inmensa librería de cristales ó colocados sobre consolas viejísimas debajo de trofeos hechos con escopetas y aparejos de caza.

En aquella morada, en la cual pensaba ahora tan á menudo, estaba todo su pasado conservando en sí algo de la pasada poesía, embalsamada por los recuerdos de aquellos alegres días de su infancia.

Con frecuencia veía con los ojos de la imaginación todo aquello: la gran cocina baja donde pasaban las veladas contando cuentos ó la alcoba con sus cortinones de seda descolorida, donde dormía, allá arriba en el piso alto, á veces con mucho miedo, completamente solo, junto á la desocupada alcoba de su padre, y la luna que á través de los enormes árboles de la huerta penetraba por las ventanas y proyectaba en la pared de enfrente caprichosas labores que parecían encajes y los ruidos que á Sulpicio se le antojaban producidos por aquella pícara bruja de la cual la vieja Catalina, la cocinera, hablaba con terror en la cocina baja antes de ir á acostarse.

Allí iba todos los años á pasar las vacaciones

porque su madre había tenido el valor de separarse de él y de meterlo, como lo hubiera metido en agua fría un día de invierno, en un colegio de Grenoble, de donde al pobrecillo, decía su madre, lo enviaban siempre á San Lorenzo muy flaco y muy descolorido.

¡Por eso ella quería devolverlo gordo y colorado al colegio para que se avergonzase el despensero!

Y aquellos encantadores recuerdos, los días de sol pasados en la montaña, las expediciones á la Gran Cartuja, el murmullo de los arroyos corriendo por entre las rocas, los descansos á la sombra de árboles seculares en medio del silencio profundo y del calor abrasador de la naturaleza adormecida, las lecturas sobre la fresca hierba de los prados, interrumpidas á veces por él, para soñar despierto y ver pasar por cima de su cabeza las cenicientas nubecillas que se borraban poco á poco y desvanecíanse después como si fueran humo. ¡Qué hermosos eran aquellos días lentos, indecisos, poblados de ilusiones, acompañados por el ruido de un torrente que se precipitaba por entre los gujarros como si fuera una canción alegre ó el dulce runrun de una nodriza!

Sulpicio no sabía entonces á donde iría ni lo que haría, ni lo que llegaría á ser; pero sentía en

el alma una esperanza vasta y clara como aquel cielo azul, y apetitos de engrandecimiento, de amor y de poesía..... Preguntábase si sería misionero ó tribuno, parecíale que su corazón era bastante grande para encerrar un mundo, y á medida que crecía formulábase también á sí mismo esta pregunta temible: «¿Seré amado alguna vez?»

¡Ser amado! ¡Qué ilusión!

Cuando hacía en el colegio esta pregunta, Guy de Lissac, su compañero inseparable, hijo de un hidalgo de Grenoble, le contestaba:

—¡Caramba! ¡todos son amados en este mundo! ¡Y algunos hay que hasta lo son demasiado!.....

Sulpicio conservaba de aquella antigua educación patriarcal un miedo de puritano, dulcificado sin embargo por los mimos de su madre que eran una especie de poético perfume que conservó toda su vida.

Aun en sus momentos de lucha, en pleno París, en la batalla política, volvía con el pensamiento á la morada abandonada de San Lorenzo del Puente, y veía el sillón desocupado donde se sentaba su padre cuyos besos no había conocido jamás y oía por todas partes la voz de su madre, evocando así á un mismo tiempo los sitios y las personas! Y diputado ó ministro, cuando pensaba

en el tiempo pasado y reciente, Sulpicio visitaba á menudo con la imaginación aquel rincón del campo que le parecía tan bueno, tan dulce, tan tranquilo en medio del eucalmado silencio de la provincia, lejos, muy lejos del ruido, del estruendo constante y vertiginoso de París.

Los labradores del Delfinado no piensan, por lo general, más que en hacer agricultores á sus hijos; los envían á estudiar al colegio, después á empezar sus estudios de Derecho ó de Medicina, pero se complacen en verles volver, sin concluirlos, al pueblo natal, á la granja, y hacer que dejen allí el Código y los libros de Patología y que no piensen más que en hacer la vida de labradores ó campesinos. Buenos muchachos, bien formados, con los hombros ensanchados por la gimnástica diaria, los músculos endurecidos por las expediciones á la montaña, alegres, vividores, dedicados á cazar y á beber por las orillas del Isere, y más preocupados de las cosechas del año que de los seductores murmullos del viento entre las hojas de los álamos que pueblan las orillas del río.

Sulpicio tenía un tío viejo, el bueno del señor Vaudrey, que propuso á su cuñada cederlo todo, campos y granjas, trigos y viñas—una verdadera fortuna—á condición de que su sobrino Sulpicio

consintiera en ser su yerno. Sulpicio rehusó, porque no quería casarse por el interés.

—¡Bobadas!—decía su tío.—¡Sensiblerías! ¡Lo que es si se entrega á esas cosas, el hijo de mi hermano no llegará lejos, porque por ahí no se va á ninguna parte!

—¡Esa es vuestra opinión, cuñado mío! Lo que mi pobre Raimundo no pudo ser, porque le faltó tiempo, lo será su hijo: un abogado famoso, elocuentísimo y honrado.

—Bueno, bueno—repetía el tío;—pero no será dueño de mi hija.

Y en efecto, Sulpicio, después de haber estudiado en París, volvió á Grenoble á vivir con su madre, á la cual arrancó del vetusto caserón de San Lázaro, é inscripto en el Colegio de abogados de la ciudad, llamó la atención pública desde los primeros discursos que pronunció en el foro. Hacía del arte de la oratoria, no un oficio, sino un sacerdocio, y todo el mundo extrañaba que no se hubiese quedado en París.

¿Por qué? Teniale cariño á su provincia, á las orillas del Isere, á la saludable poesía del *Desierto* de la Cartuja y á las nieves perpetuas del Gran-Sou. Un hombre de talento podía hacerse lugar en cualquier parte, y además se había impuesto vo-

luntariamente el deber de no abandonar el rincón de su tierra y hacer oír en él su elocuente palabra, consagrándose á la propaganda de la libertad y de las ideas modernas. Con el espíritu abierto á todas las manifestaciones ardientemente generosas del pensamiento humano, Sulpicio había recibido de su madre escritos y libros de su padre y tomos de aquella *Enciclopedia* que Raimundo Vaudrey llenara de notas y reflexiones; y todo ello había venido á ser la tradición, y algo así como el bautismo de la libertad. Había hecho una vida febril en el pasado de ochenta años antes, leyendo la *Gaceta Nacional* de los tiempos de prueba, y los discursos, ardientes aún como la lava de un volcán, de los Mirabeau, y los Barnave, y los Condorcet, hijos de Grenoble, á quienes encontraba en aquellas páginas, y los cuales parecían comunicar su calor á sus manos y á su mirada. Así es que su cabeza veíase poblada de grandes sueños de libertad proclamada desde lo alto de la tribuna, y el corazón se le saltaba del pecho. Parecíale ver á las multitudes batiendo palmas para aplaudirle, banderas tricolores ondeando á la dorada luz de un sol esplendoroso, cortejos y desfiles de verdades proclamadas entusiásticamente y aclamadas con locura.....

Su madre sonreía ante aquellos entusiasmos, y no trataba siquiera de calmarlos. La edad se llevaría muchos de ellos, demasiados acaso, como un vendabal de Octubre se lleva las hojas de los árboles.

Y además, aquellas esperanzas, aquellos ensueños, aquellas visiones eran compartidas por la buena señora en recuerdo de su Raimundo, que ya no vivía, el cual había adorado las mismas cosas que tanto amaba su Sulpicio.

La catástrofe de la guerra y el derrumbamiento del Imperio hallaron á Sulpicio Vaudrey siendo muy popular en Grenoble y querido de todos: del pueblo, que sabía cuán generoso era, de la clase media, que comprendía su talento; y los sufragios emitidos en Febrero de aquel año memorable llevaronle á la Asamblea Nacional, reunida en Burdeos.

Su madre vivió bastante para presenciar aquel halagüeño comienzo de un porvenir brillantísimo.

¡ Con cuánta emoción recordaba en la actualidad Sulpicio Vaudrey aquel domingo de Febrero, de un Febrero frío y lluvioso, en que volvía en carruaje cerrado, con un amigo suyo, de su expedición electoral! El día antes había hablado en una taberna, á campesinos que lo escuchaban con la

boca abierta, algo desconfiados aún, y que examinaban al candidato como hubiesen podido probar una res en la feria, los cuales poco á poco ganados por el entusiasmo, lo aplaudieron, y después lo aguardaron á la salida para estrecharle afectuosamente la mano diciéndole: «¡Sois nuestro hombre!»

Aquella mañana llegó á Grenoble bajo una copiosa lluvia, después de haber pasado por multitud de pueblecillos donde, puestos en las esquinas los carteles electorales, medio despegados por el agua, mostraban á todos su nombre y el de sus amigos.

Había á las puertas de las casas-ayuntamiento algunos grupos de gente pacífica, algún gendarme que paseaba lentamente sobre la alfombra formada sobre el barro por las papeletas electorales tiradas al suelo. Pero nada más. Nada de fiebre. Ni siquiera un latido más precipitado que otro en el pulso de aquellos hombres que con sus votos iban á decidir tal vez de la suerte del país. Sulpicio no podía menos de asombrarse ante tanta calma, pensando que no sólo allí, sino en toda Francia, estaba sucediendo lo mismo á la misma hora, y que aquella era una batalla decisiva, no ya para él, sino para su patria.

¡ Con cuánta ansiedad asistió aquella tarde al escrutinio general en el Palacio de Justicia, lleno de gente y de ruido! Con terribles latidos en el corazón, Sulpicio veía cómo iban engrosando las cifras de los votos acumulados á su nombre. Partes y peatones llegaban de los pueblos todos del distrito agitando un pliego de papel, y Sulpicio oía salir de todas las bocas este mismo grito :

— ¡ Vaudrey es el que triunfa!

Y la gente gritaba ¡ bravo! y batía palmas, y rodeaba á Sulpicio. Ya se sentía como arrastrado hácia un mundo nuevo, como arrastrado por las olas de un poderoso mar.

Un amigo lo cogía del brazo, y llevándosele á un rincón de la sala, le decía con rapidez :

— Ya sabéis que no os pediré gran cosa, ó por mejor decir, que no os pediré nada. Cuento nada más que con una comisioncilla. La cosa es bien fácil, ¿ eh?

Y Sulpicio entregado completamente á la emoción de aquel bautismo de popularidad, experimentaba cierta cólera contra el importuno pretendiente que en el triunfo de una causa sacrosanta no veía más que el medio de conseguir un objeto mezquino. El diputado— porque la cosa estaba ya bien resuelta, toda vez que cada colegio añadía

unos cuantos votos á su candidatura — el diputado sentía cierta repugnancia.

La muchedumbre lo acompañó aquella noche hasta su propia casa entre aclamaciones entusiasmadas de triunfo.

En medio de su alegría inmensa, Sulpicio experimentaba, sin embargo, la ansiedad del deber que tenía que cumplir: ¡ firmar la paz! ¡ Y qué paz! ¡ ay! Le sería necesario poner su nombre al pie del tratado que consagraba el desmembramiento de la patria. Durante gran parte de la noche estuvo pensando en ello, con la frente apoyada en la helada vidriera del balcón de su alcoba.

Se acostó tarde y se levantó al amanecer de un fríasimo día de Febrero, sin haber podido dormir.

Miró al otro lado de la calle, al jardín de un convento que allí había, con sus enrejadas ventanas y con sus árboles desnudos que tantas veces contemplara antes de entonces. Algunas monjas vestidas de negro pasaban lentamente por aquel horizonte tranquilo y frío, que durante años y años había sido su horizonte. Ya no veía continuamente aquel rincón de tierra que le era familiar, aquel jardín triste, pero cuya claustral poesía le agradaba.

Ahora era París lo que le aguardaba; París lle-

no de fiebre, con su pesada atmósfera caldeada de cólera patriótica. Hasta el pavimento de las calles debía quemar. Sulpicio sentía anhelo vehemente de verse allí, de pasar con la cabeza alta por delante de aquellos suntuosos edificios, frente á los cuales, siendo joven y estudiante, había soñado tanto y había hecho tantos castillos en el aire. Pero más de una vez echaría de menos su jardín del convento, el parterre familiar, el gran silencio en que se abismaba allí, trabajando con la ventana abierta, ya con el vuelo de un pájaro que pasaba por delante de él, casi rozándole con sus alas, ya con el vago murmullo de los cantos monjiles que subían hasta su ventana como el lejano eco de una plegaria.

Durante los años subsiguientes, entre dos legislaturas de la Asamblea, se casó con la señorita de Gerard. El doctor Reboux, satisfecho de entregar la mano de su pupila á un hombre de tan brillante porvenir como Vaudrey, no titubeó mucho. Adriana gustaba á Sulpicio, y la joven considerábase dichosa al verse elegida por aquel hombre, joven también, elegante y bueno, con quien todos en Grenoble estaban locos. Sus propios adversarios inclusive.

Con los ojos negros y brillantes, con un rostro

delgado y simpático, con la barba rubia cuidadosamente partida, la frente erguida y surcada por una arruga prematura entre las dos cejas, que daba á su mirada viva cierto carácter contemplativo, Sulpicio estaba verdaderamente seductor. No era ni un buen mozo, ni un chico guapo, sino un hombre amable, seductor, muy fino, que hablaba bien, persuasivo, entusiasta, despierto, que de todo sabía y lo daba á entender sin pedantería, siendo, por lo tanto, bien capaz de inspirar á cualquier muchacha una verdadera pasión. Así es que Adriana se casó con tanta alegría como amor había él sentido al pedir la mano de la joven.

¡Toda la poesía de su juventud dedicóse á aquel hombre en plena lucha, que olvidaba en el idilio de su hogar, las tempestades de Versalles, las inquietudes políticas, los temores por el porvenir de la patria, los desengaños del presente, aquella vida del Parlamento que lo ocupaba completamente, sin dejarlo pensar más que en sus trabajos, en sus discusiones y en sus deberes!

A menudo Vaudrey pensaba, como se piensa en una jornada de descanso, en aquella mañana de estío en que había conducido á Adriana á la iglesia; recordaba la casa llena de ruido, de parientes en traje de fiesta, de amigos, y el piafar de los

caballos uncidos á un carruaje que los esperaba, y la gente de la vecindad asomada á los balcones, y los chiquillos aguardándolos en la calle, y todo el alegre estruendo de aquel día feliz. Hubo algo como la irrupción de un sol esplendoroso cuando Adriana entró vestida completamente de blanco en el gran salón donde los retratos antiguos de sus abuelos parecían sonreír al verla.

Tenía, bajo la corona de azahar, traída de París, el aire dichoso, dulcemente turbado de una profesa envuelta en su blanco velo. Sulpicio la encontraba arrebatadora. ¡Habíase ella acercado á su prometido, tan ruborosa y enamorada para alargarle sus dos manitas enguantadas de blanco! Él un poco aburrido de verse entre toda aquella gente que lo rodeaba, mirábase involuntariamente á un espejo que tenía enfrente y se encontraba un poco raro, lamentando ver sus cabellos tan bien peinados. ¡Cuánto, cuánto se habían reído los dos después, con emoción siempre nueva cada vez que traían á la memoria aquellos recuerdos deliciosos!

En medio de aquella inmensa alegría, Sulpicio sólo echaba de menos á su madre que no estaba allí, cuando delante del anciano sacerdote que había enseñado el catecismo á Adriana, acercóse él, sujetando el cirio que le pesaba un poco, y cogió

con cierta torpeza la patena que le alargaba el cura, verdadero acontecimiento para Grenoble, que veía al jefe del partido liberal de la provincia, al primer diputado de las últimas elecciones, casándose en la iglesia como un vecino pacífico y creyente á machamartillo! Y el órgano tocaba con vibraciones enternecedoras unos villancicos dulces, misteriosos, conmovedores, como si fuesen un canto de aleluya que arrancase del fondo de los siglos.... La luz caía á través de los cristales de colores, sobre Adriana arrodillada, con su frente de niña apoyada en sus enguantadas manos, y los rayos de sol besaban sus cabellos rubios, su talle encerrado en el raso del traje y la larga cola de su vestido de novia.

De aquella ceremonia conmovedora que llenaba la iglesia, Sulpicio sacó una impresión deliciosa; el perfume de las flores, las caricias de la luz, los acordes del órgano, y dentro de él y en torno suyo embriagueces de amor que cantaban poemas de felicidad.

¡Qué remoto estaba ya todo eso! Cerca de seis años habían pasado desde aquel día, seis años de luchas constantes en que Vaudrey combatía valerosamente, defendía sus ideas de libertad con calurosa elocuencia, disputaba el terreno, ganábalo pasó á

paso, trabajando mucho, viviendo en París como si estuviese en su pueblo, con los libros transportados allí, á la casita que habitaba en la Calzada de Autin, muy cerca de la estación donde todas las mañanas tomaba el tren con el disgusto de dejar á su Adriana, Adriana á quien se reunía todas las tardes con alegría, cuando las reuniones políticas, las sesiones prolongadas no le ocupaban sus noches que, á decir verdad, eran los únicos momentos en que vivía.

Adriana salía poco, no se exhibía, y huyendo del ruido y la agitación de los paseos, vivía en París como en Grenoble en un gran aislamiento, sin más cuidado ni preocupación que la existencia de su marido sus trabajos y sus discursos que él preparaba con laboriosidad y valor. Él velaba hasta muy tarde hojeando libros, resúmenes de leyes y antiguos anales parlamentarios.

Ella á veces se alarmaba ante el verdadero encarnizamiento con que su Sulpicio trabajaba.

Hubiese querido tomar en ello parte y se entristecía viendo que no podía ayudarle, escribir lo que él le dictase y buscar los pasajes de los libros que necesitaba. Experimentaba profundo terror cada vez que Vaudrey tenía que hablar en la Cámara. No osaba ir á oírlo, y sabiendo que iba á

usar de la palabra no podía, sin embargo, quedarse en su casa. Ansiosa subía á una tribuna y temblaba y se sentía próxima á desfallecer cuando en medio de un silencio que se le antojaba de mal agüero oía decir al presidente: *El Sr. Vaudrey tiene la palabra.*

La voz de Sulpicio al llegar á ella le parecía cambiada, y creía que el miedo la ahogaba en su garganta. No se atrevía á mirarlo. Se le figuraba que reían, que hacían ruido, que la gente tosía, que nadie escuchaba. ¿Por qué había ido? Ya no volvería más. Luego de pronto una tempestad de aplausos subía hasta ella como expresión de profunda simpatía, y entonces erguía un poco y apoyada en el antepecho de la tribuna, en medio de aquel mar de cabezas, distinguía, allá en éxtasis, dominando la inmensa sala, á Sulpicio, en pie, con los brazos cruzados ó las manos apoyadas en el pupitre, en aquella especie de púlpito colocado debajo del sillón presidencial, á Sulpicio irguiendo la rubia varonil cabeza y lanzando sus palabras, su voluntad y su fe envueltas en períodos de arrebatadora elocuencia. Entonces sentíase tranquila, alegre, loca de felicidad y orgullosa de aquel hombre cuyo apellido llevaba.

Entonces experimentaba ardiente deseo de decir

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE DERECHO
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

á todos que era suyo, que lo adoraba, que era su orgullo como ella era la felicidad y la alegría de él. Experimentaba ardiente deseo de estrecharlo en sus brazos, de colgarse á su cuello y decirle delante de todo aquel público: ¡Te amo, te adoro!

Pero conservaba su ternura para su querido hogar á fin de calmar á aquel entusiasta á veces desesperado, á aquel nervioso á quien todo sobreexcitaba, á aquel grande hombre, del cual decían en Grenoble que para ella no era más que un niño grande para quien Adriana guardaba los mimos de una chiquilla enamorada y los cuidados delicados de una madre.

Vaudrey, ambicioso, más de otras cosas que del poder, que gastaba su vida en las batallas parlamentarias, veía pasar el tiempo, volar los días, sin tener la sensación de un progreso, de un paso de avance hacia sus ideales. Después de la guerra, para él, como para todos los de su generación, los años habían pasado con una rapidez vertiginosa y de pronto, bruscamente, después de haberse hasta cierto punto dormido, diciéndose siempre que un hombre de treinta años tiene delante de sí mucho porvenir, despertaba brutalmente, muy asombrado de haber llegado á los cuarenta.

¡Cuarenta años! Sulpicio experimentó cierta in-

voluntaria melancolía al cambiar de decena, y á pesar de la posición que se había conquistado en su partido, entre el grupo de sus amigos, soñó con ser más aún, cansado de desempeñar papeles secundarios y ávido de figurar en primer término.

Materialmente, en el encantador hogar que formaba con Adriana era dichoso. Ella lo apaciguaba, traía sus entusiasmos á la realidad, asustábase á veces de sus desfallecimientos y de sus explosiones de cólera y más todavía de sus ilusiones sobre los hombres y sobre las cosas.

Sulpicio le reprochaba á veces que cortara las alas á sus sueños.

—¿Yo?—decía ella:—¡á lo que se las corto son á tus molinos de viento! ¡Qué Quijote eres!

Y Vaudrey sonreía y la miraba, fijando la vista en los hermosos ojos azules de aquella niña tímida y ella se ponía colorada como si se avergonzase de haber mostrado ingenio.

No quería ser más que la amiga leal de aquel hombre á quien consideraba superior á ella, y por el solo instinto de su amor, ignorante de las intrigas políticas, era, sin embargo, la mejor consejera y la más previsora, sin que hubiese para Adriana dicha mayor que la de ser escuchada por Vaudrey.

—¡Te amo tanto!—le decía con la profundidad de abandono de un pobre ser que no tiene en el mundo más que un afecto, un pretexto para amar.

Él no veía de esta vida más que la penumbra; su juventud inutilizada, sus esperanzas maltrechas, sus temores, el disgusto que á veces le inspiraban los eternos sinsabores políticos.

Aunque se veía querido y mimado parecía que le faltaba algo á su vida. Deseaba tener un hijo, un hijo á quien educar, un deber íntimo que cumplir ya que la situación política no le daba un deber cívico que llenar. ¡Ah! Sí, un hijo, un ser querido, una frente que besar, un alma que formar á imagen y semejanza de la suya, un niño que no conociese de la vida las intrigas y pesares que había tenido que soportar la generación de su padre. Tal vez un hijo era lo único que le faltaba. Pero evidentemente le faltaba algo.

Y sin embargo sonreía siempre, enamorado de aquella joven de veinticinco años, delgada, endeble, con sustos y candideces de niña, acostumbrada á la soledad silenciosa de la casa de su tutor, y que en París, en el despacho de su marido, arreglando sus libros, sus legajos, los proyectos de ley, los dictámenes, trataba de envolver dulcemente á su querido Sulpicio en la comfortable feli-

cidad de su honrado hogar de la clase media, saboreada como si fuese riquísimo licor al amor de la lumbre.

Luego, un día, de pronto, en aquella casa cayó bruscamente como una bomba la noticia de un cambio radicalísimo de la política.

Sulpicio llegó una tarde nervioso, inquieto y alegre á la par.

Se hablaba de él para formar parte de una combinación ministerial. Su último discurso sobre política interior lo había puesto de relieve más que nunca, y hasta se aseguraba que había contribuido poderosamente á la favorable solución de una crisis temible.

¡Ministro! ¡Podía ser ministro de la noche á la mañana! Su política triunfaba.

El señor Collard, un abogado de Nantes, á quien todo el mundo indicaba para futuro presidente del nuevo Ministerio, era muy su amigo político. Y en efecto, se trataba de confiar á Sulpicio Vaudrey una de las carteras más importantes, una *gran cartera*, como se suele llamar á la de Gobernación ó á la de Estado, puesto que hemos convenido en que la de Instrucción pública, que tiene á su cargo el alma de los pueblos, ó la de Agricultura y Comercio, que son las encargadas de alimentarlos,

sean *carteras secundarias*, y por decirlo así, de entrada.

Sulpicio relataba todo esto á su Adriana, de sobremesa, después de haber comido maquinalmente y sin apetito.

El grupo de sus amigos políticos celebraba una reunión á las ocho. Eran las siete y necesitaba apresurarse.

Adriana lo encontraba muy pálido y experimentaba una sensación extraña, alegre ciertamente, pero no exenta, sin embargo, de inexplicable inquietud. La política le arrebatava con tanta frecuencia y por tanto tiempo á su marido, la condenaba á vivir en tal soledad, que la pobrecilla se preguntaba si no se vería en lo sucesivo más abandonada aún. Pero todas sus preocupaciones desaparecían ante la evidente satisfacción de Sulpicio. Tenía fiebre, fiebre de impaciencia. Parecía que jamás se había visto en un momento más crítico de su vida.

El timbre de la puerta de la calle, lanzando de pronto el eco agudo de su sonido en medio del silencio que reinaba en el comedor, le hizo estremecer.

Un criado abrió la puerta del comedor y entregó á Vaudrey una carta que llevaba en un pico del

sobre estas dos palabras subrayadas: *Muy urgente*.

Sulpicio conoció la letra.

Era Collard quien le escribía.

Adriana vió que su marido se puso muy colorado al leer aquella carta, que Sulpicio le entregó en seguida con una mirada de inefable gozo.

—¡Esto es hecho! ¡Lee!

Adriana estaba muy pálida.

Collard anunciaba á su *compañero* que la combinación ministerial de que él era jefe había triunfado. El presidente esperaba en el palacio del Eliseo á los nuevos ministros. Ofrecía á Vaudrey la cartera de Gobernación.

—¡Ministro!—dijo Adriana muy contenta también.

Vaudrey se levantó sin soltar la servilleta que maquinalmente llevaba en la mano, en tanto que parecía buscar algo, un si es no es turbado.

—Mi sombrero—dijo.—Mi abrigo, un coche.

Adriana, con las manos cruzadas, sumida en verdadera admiración, lo miraba como si de pronto hubiese debido transformarse por completo. Todo su ser respiraba entera satisfacción. Besó á Adriana con cierta especie de locura dos veces, cuatro, diez, y salió bajando luego la escalera con la ligereza de un enamorado que se dirige á una cita de amor.

Aun duraba esa luna de miel de la política en el momento en que Vaudrey, entusiasmado, viéndolo todo de color de rosa, paseaba su curiosidad por el saloncillo de las bailarinas, donde lo hemos conocido. Entraba en el poder con todos los buenos propósitos de la fe absoluta. Parecíale que iba á salvar al mundo, á regenerar la administración y á cortar para siempre los abusos.

— Es difícil ser ministro—decía sonriendo—pero es muy fácil ser un buen ministro. Basta con querer serlo.

—Y poder serlo—le respondía su amigo Granet en tono un tanto irónico.

¿Cómo poder serlo? Pues si era la cosa más sencilla del mundo, puesto que Vaudrey tenía en sus manos las riendas del Estado..... ¡Si los demás habían defraudado las esperanzas de sus amigos era por no haberse atrevido, por no haber querido hacer las cosas!

¡Ahora verían lo que él hacía! Y no mañana, ni dentro de un mes, sino en seguida.

Entraba osadamente como un amable déspota en aquel ministerio, donde quería reformarlo todo, estudiarlo, rehacerlo; y acometido del celo febril y apasionado de los neófitos, tropezó, con cierta sorpresa suya, desde los primeros momentos, con obs-

táculos rutinarios, con los asombros de la ignorancia, con las aceradas durezas de los engranajes de esa máquina inmensa que se llama la Administración.

—¡Bah! ya conseguiría su objeto. Era cuestión de tener un poco de paciencia. Después de todo le sobraría tiempo.

—¿Tiempo? ¡ya!—replicaba Granet eternamente burlón.

Esa aurora de poder que suavemente teñía con colores sonrosados las ambiciones de Sulpicio, Adriana, muy sorprendida, sentía que se reflejaba en ella también. Compartía, sin orgullo alguno, el triunfo de Vaudrey, y á pesar de lo grande que era su amor profundo á las intimidades de la vida del hogar, resignábase, sin embargo, á hacer un poco más de viso, como se suele decir, *exhibirse*, como decía Sulpicio; y en la atmósfera de triunfo y de adulaciones que llegaba hasta ella, esa necesidad no era más que una satisfacción nueva que le captaba el agradecimiento y aprobación de su marido.

Cuando entraba en un salón, producía una explosión de simpatías, un murmullo cariñoso, una amable curiosidad. Las mujeres la miraban y los hombres formaban corro en torno suyo.

- ¡La señora de Vaudrey!
- ¡La mujer del ministro!
- ¡Encantadora!
- ¡Muy joven!
- ¡Tiene el aire un poquillo provinciano!
- ¡Pero, por lo mismo es más seductora!
- ¡Es verdad! ¡Y fresca como una rosa!

Ella procuraba hacerse perdonar, por medio de una modestia sonriente y muy sincera, la situación envidiable que la casualidad había proporcionado repentinamente. Decíase de ella que recibía un cumplido ó una galantería como una colegiala recibe un premio, con gran timidez.

Le perdonaban que tuviese las mejillas un poco coloradas, porque en cambio sus manos eran blanquísimas y de una corrección exquisita. Ya no les parecía tan lugareña. Las gentes ingeniosas la llamaban la bella provinciana.

—¡En una palabra; un gran éxito!—decían los cronistas de salones, asimilando la entrada en sociedad de una dama distinguida, al debut de una actriz en un teatro.

La joven se sentía satisfecha, más que por nada, porque veía el contento y la dicha de su marido. Ella no tenía ninguna de las vanidades del poder. Sola, la mayor parte del tiempo, en las grandes ha-

bitaciones del ministerio, fastuosas y desiertas, elegantemente amuebladas, aunque con lujo vulgar y de no muy exquisito gusto; á menudo echaba de menos su elegante casita de la calzada de Autin, donde á veces—aunque pocas—iba á hacer una visita á aquellas deliciosas soledades de los primeros meses de su matrimonio; y echaba de menos tambien los tranquilos coloquios de amor en Grenoble, las largas conversaciones, el cambio de pensamientos, de esperanzas y de recuerdos—¡sí, recuerdos!—y á veces decía á Sulpicio, loca de alegría y entusiasmo, al ver que había llegado á la meta:

—¿Sabes dónde me parece que vivo aquí? En una fonda.

—Y tienes razón—contestaba alegremente Vaudrey;—estamos en la fonda, pero es la fonda donde se aloja la voluntad de Francia.

—Ya comprenderás, Sulpicio mío, que si tú estás contento.....

—¡Muy contento! Ahora es cuando yo podré demostrar lo que valgo, poco ó mucho. Ya verás, Adriana de mi vida, ya verás lo que he hecho y lo que soy dentro de un año.

¡Dentro de un año!